



# Mejor que cien años

de Bhikkhu Bodhi

---

Buddha Soto Zen es una organización ubicada en Hialeah, Florida. Entre sus objetivos está el traducir al español las enseñanzas del Eminentísimo Patriarca Eihei Dōgen y otros textos Budistas o comentarios hechos por prominentes autores budistas.

Las traducciones que ofrecemos están a disposición del público para ser descargadas **gratuitamente** a través de nuestra web. Este es nuestro modo de practicar *dhamma dana*; dar generosamente el Dharma a todos aquellos interesados en el estudio y práctica de la meditación y las maravillosas enseñanzas del Buda.

---

[www.buddhasotozen.org](http://www.buddhasotozen.org)

# Mejor que cien años

de Bhikkhu Bodhi

por Buddha Soto Zen-Traducciones

[www.buddhasotozen.org](http://www.buddhasotozen.org)

Un día, no hace mucho, escuché en mi radio de onda corta la entrevista a un futurista norteamericano cuyo nombre no pude captar. Un futurista, como lo implica la palabra, es alguien cuyo trabajo es predecir el futuro. Después de recolectar una gran cantidad de información sobre la evolución que estaba ocurriendo en diferentes campos, descubre las tendencias más prominentes que trabajan bajo la superficie de los eventos, y al hacer sus pronósticos como resultado de estas tendencias, arma un cuadro del futuro en un período de tiempo cada vez más largo que cubre la próxima década y los próximos siglo y milenio. Como es natural, a medida que aumenta la distancia temporal en relación con el presente el cuadro que él nos pinta es proporcionalmente más propenso a errores, pero a pesar de que las conjeturas son inevitables en todos los pronósticos a largo plazo, lo que el futurista sostiene es que sus pronósticos se basan directamente en el recorrido por el cual viajamos en la actualidad.

Las preguntas planteadas por el entrevistador permitieron que el futurista presentara un panorama increíble del futuro. En este panorama risueño y optimista, el brote eterno del sufrimiento humano se rinde a la presión constante de nuestro ingenio y determinación de crear un mundo mejor. El próximo siglo va a marcar el comienzo de una era de progresos sin precedentes, prosperidad y justicia, con cambios radicales aun en las fronteras más primordiales de la biología. Las parejas que desean hijos no tendrán nunca más que depender de procedimientos naturales vulnerables a riesgos y tragedia:

podrán especificar con exactitud los rasgos de sus hijos y tendrán exactamente lo que desean. La ciencia médica finalmente encontrará la cura contra el cáncer, el SIDA y otras enfermedades atroces, mientras que, prácticamente, cada órgano vital se podrá reemplazar por uno igual pero sintético. Los biólogos descubrirán cómo detener el proceso de envejecimiento permitiendo que conservemos nuestra juventud y vitalidad hasta el ocaso de la vida. Antes del fin del próximo siglo viviremos hasta los 140 años. Y antes de finalizar el próximo milenio, la ciencia encontrará la clave de la inmortalidad. “Esto es ciento por ciento cierto” nos aseguró.

Mientras que escuchaba a este hombre inteligente y expresivo divagar con tal brío optimista, una sensación de descontento que corroía mis entrañas se apoderó de mí. “¿Qué está mal en lo que pinta?” Me preguntaba, “¿Qué le falta? ¿Por qué es tan preocupante?” Estaba él describiendo un mundo en el que la humanidad triunfa por encima de cada uno de los némesis antiguos, quizás por encima de la misma muerte; y, sin embargo, sentí que simplemente no me convencía, que prefiero esta existencia desdichada, frágil, vulnerable que la naturaleza nos conferió al nacer. ¿Por qué?

Para empezar, me pareció que el entusiasta futuro que pintaba se basaba en inmensas suposiciones, suposiciones que sólo funcionan si por conveniencia se hace la vista gorda ante otras tendencias que están muy lejos de brindar algún consuelo. Él presuponía que los avances de la tecnología traerán sólo beneficios, sin conllevar nuevos problemas tan tremendos como los que nos acosan hoy día; que con nuestro puro ingenio podremos corregir nuestros errores del pasado sin tener que controlar la codicia que, en primer lugar, causó esos errores; que las personas espontáneamente antepondrán el bien común por encima de los impulsos de la manifiesta avaricia; que la propagación del

bienestar material bastará para eliminar la sospecha, el odio y la crueldad que han generado tanta miseria a través de la historia.

Pero, a medida que seguía reflexionando, me di cuenta de que eso no era lo que me perturbaba acerca del cuadro que nos pintaba el futurista; sentí que había algo aún más profundo que me preocupaba. Me di cuenta de que la razón de mi inquietud giraba alrededor de lo relacionado con la orientación. El cuadro presentado por él mostraba un futuro en el cual los seres humanos están completamente enfrascados en las preocupaciones temporales, consumidos en la batalla contra las limitaciones innatas, orientados completamente hacia el mundo condicionado. Lo que evidentemente brillaba por su ausencia en el panorama fue lo que podríamos llamar "la dimensión de la trascendencia." No había indicio alguno de que la existencia humana no es un círculo cerrado sobre sí mismo del que obtiene su significado, que la búsqueda de la verdadera satisfacción requiere una alusión a un ámbito que se extiende más allá de todo lo que es finito y temporal.

Al no mencionar "la dimensión de la trascendencia" lo que el futurista intentó describir fue una humanidad comprometida con el principio de que el bienestar supremo se realiza al obtener dominio sobre el mundo externo en vez del dominio de nosotros mismos. Dado que la vida supone sufrimiento y que el sufrimiento surge cuando hay disparidad entre nuestros anhelos y la naturaleza del mundo, podemos manejar el sufrimiento bien sea cambiando el mundo de modo que se ajuste a nuestros anhelos o cambiando nosotros para que nuestros anhelos armonicen con el mundo. En su cuadro, el futurista nos muestra un futuro en el cual prevalece la primera alternativa; sin embargo el Buda y también los otros grandes maestros espirituales de la humanidad recomiendan por

unanimidad, el segundo camino. Para ellos nuestro deber no consiste tanto en manipular las condiciones exteriores responsables de nuestro descontento, sino más bien superar el descontento subjetivo arraigado y así vencer nuestro propio egoísmo, codicia e ignorancia.

Al preferir el enfoque más antiguo no estoy sugiriendo que debemos someternos pasivamente a todas las flaquezas a las cuales estamos propensos los seres humanos. Resignarse en forma estoica no es definitivamente la respuesta. Debemos luchar para eliminar las enfermedades debilitantes, promover justicia económica y social, crear un mundo en el cual las comodidades básicas como la salud y la felicidad se distribuyan lo más ampliamente posible. Pero cuando la técnica y sus innovaciones se convierten en la fuerza dinámica de la civilización nos arriesgamos a adentrarnos en áreas peligrosas. Batallar con la audacia de Prometeo para doblegar la naturaleza a nuestra voluntad de modo que todas las causas objetivas de nuestro sufrimiento desaparezcan es arrogancia, arrogancia y osadía, y como ya sabemos por la tragedia griega, la arrogancia inevitablemente provoca la ira de los dioses.

Aun si nuestra irresponsable manipulación del orden de la naturaleza no desata un cataclismo cósmico, todavía corremos el riesgo de caer paulatinamente en la trivialidad y mecanización del ser humano. Porque al considerar el progreso como producto del ingenio tecnológico, no vemos la profundidad moral y la elevación de carácter que ha sido el distintivo de la grandeza humana. Echamos abajo las dimensiones verticales de nuestro ser, reduciéndonos simplemente a un plano horizontal en donde todo lo que importa es la pericia técnica y el rendimiento organizativo. De ese modo damos un viraje

y nos acercamos más a la situación descrita por T. S. Eliot: "El mundo se acaba no con un estallido sino con un gemido".

Reflexionando en las predicciones del futurista, me vinieron a la mente una serie de versos del Dhammapada que brindan un cuadro sorprendentemente diferente de los desafíos a los cuales nos enfrentamos en nuestras vidas. Los versos aparecen en el "Capítulo del millar," vv.110-115. Las cuatro primeras estrofas nos dicen que lo que cuenta no es *cuanto tiempo* vamos a vivir sino *cómo* vivimos, las cualidades que personificamos en lo más profundo de nuestro ser: "Más vale vivir un solo día como persona honesta y meditativa, que cien años sin moral y concentración. Más vale vivir un solo día prudente y meditativo, que cien años de incensatez y desorientación. Más vale vivir un solo día con resuelta energía, que cien años perezosos y disipados. Más vale vivir un solo día contemplando el surgimiento y la extinción de las cosas que vivir cien años sin ver el surgimiento y la extinción de las cosas".

En estos versos el Buda nos dice que nuestra tarea primordial, la tarea que está por encima de otras tareas es la de ser nuestro propio amo y señor. Nuestra responsabilidad no es remover las espinas desparramadas en la tierra, sino ponernos las sandalias, vencer los deseos responsables de nuestro sufrimiento en el mismo momento en que estos surgen: en nuestras propias mentes. Mientras que nuestras vidas estén regidas por el deseo, nuestro descontento nunca acabará porque la eliminación de un obstáculo dará origen a otro en un ciclo autorepetitivo. Lo esencial no es *prolongar* la vida readaptando el proceso biológico de modo que éste satisfaga nuestros sueños más locos, sino *ennoblecer* la vida con una capacitación sensata de la mente dentro de los límites modestos de nuestra condición natural. Y esto se consigue, como el Buda hace

constantemente hincapié, por medio de la disciplina triple: principios morales, meditación y una profunda visión penetrante en la inestabilidad de todas las cosas condicionadas.

Los dos últimos versos de esta serie nos presentan el propósito final de esta capacitación, que es también el objetivo de cómo deberíamos vivir nuestras vidas: "Mejor vivir un sólo día y ver la Inmortalidad que vivir cien años sin ver la Inmortalidad. Mejor vivir un sólo día y ver la Verdad Suprema que vivir cien años sin ver la Verdad Suprema". Si el progreso humano no es reducido a un simple espectáculo de ardidés tecnológicos destinados al rechazo de nuestros límites naturales, necesitamos alguna estrella polar hacia donde dirigir nuestras vidas, algo que nos permita trascender la frontera de *ambas*, de la vida y de la muerte. Para el Budismo es Nibbana, la Inmortalidad, la Verdad Suprema, el estado más allá de todas las condiciones limitantes. Sin este elemento trascendente podríamos explorar las galaxias lejanas y jugar a las cartas con el código genético, pero nuestras vidas continuarán vanas y vacías. La plenitud del significado proviene sólo de la fuente del significado, de aquello que es trascendente e incondicional. Esforzarnos por alcanzar esta meta es encontrar un valor profundo y el nivel más alto de excelencia que nunca va a ser igualado por la descarada audacia tecnológica. Lograr esta meta es acabar con el sufrimiento: encontrar la inmortalidad aquí y ahora, aún en medio de este mundo imperfecto que, como siempre, está sujeto a la vejez, a la enfermedad y a la muerte.

---

**Traducción:** © 2012 Buddha Soto Zen. Traducido por Nancy de la Rosa..

**Original:** ©1999 Buddhist Publication Society, BPS Newsletter cover essay no. 41 (1<sup>st</sup> mailing 1999)  
“Better Than a Hundred Years ” by Bhikkhu Bodhi. Access to Insight Edition, © 2005-2012.

**Uso:** Se puede copiar, reproducir en otro formato, imprimir, publicar y distribuir esta traducción al español a través de cualquier medio siempre que: (1) se ofrezca lo descrito *gratis* solamente; (2) se indique claramente que todo trabajo derivado de éste, incluyendo traducciones, proviene de esta fuente y (3) se incluya el texto completo de esta autorización en cualquiera de los productos derivados de esta traducción. En todo lo demás los derechos sobre la traducción en español están reservados.